

# LA COMUNIDAD POLÍTICA EN CUANTO ORGANIZACIÓN: SOBRE LA REALIDAD NACIONAL

Carmen Morales Rodríguez  
[moralescar2002@yahoo.es](mailto:moralescar2002@yahoo.es)

## RESUMEN

Acercamiento a los conceptos de Nación y Nacionalismo. Estudiando el origen del término *nación*, así como su evolución en la historia. Durante años fueron los historiadores los encargados de estudiar este fenómeno social que nosotros los sociólogos y politólogos consideramos que es una parcela correspondiente a nuestra área de estudio. Analizaremos la nación fruto de un producto histórico y aprenderemos los conceptos de insularidad y lejanía como factores dentro del nacionalismo canario. Además del término *región* y *regionalismo* como hecho multidimensional. Prestaremos especial atención a la obra de Ortega y Gasset, así como a los mensajes del rey Juan Carlos I y de Felipe VI, todos en la línea de la unidad de España y en la idea de que nosotros somos nación.

**PALABRAS CLAVE:** Nación, nacionalismo, región, regionalismo, idea, sentimientos, idiosincrasia, historia, insularidad, sentimiento, lejanía, particularismo, determinismo, unidad.

## ABSTRACT

«The Political Community as Organization: On National Reality». Approach to the concepts of nation and nationalism. Studying the origin of the term nation and its evolution in history. For years historians were responsible for study this social phenomenon that we sociologists and political scientists consider it a plot corresponding to our study area. Analyze the result of a historical product nation and learn the concepts of insularity and remoteness as factors within the canary nationalism. Besides the term as multidimensional region and regionalism made. Pay special attention to the work of Ortega y Gasset and messages of King Juan Carlos I and Philip VI everyone in the line unit Spain and the idea that we are a nation.

**KEYWORDS:** Nation, nationalism, region, regionalism, ideas, feelings, idiosyncrasies, history, insularity, feeling, remoteness, insularity, determinism unit.



«Una nación es una comunidad de sentimientos que se manifiestan de modo adecuado en un Estado propio, en consecuencia, una nación es una comunidad que normalmente tiene que producir un Estado propio». Esta será la definición que dará Weber del complejo término *nación*, en su manual *Economía y Sociedad*.

En otro apartado expone todo aquello que, según su punto de vista, no tenemos que ver como nación: «No es idéntica al “pueblo de un Estado” *Staatsvolk*, es decir, al hecho de la pertenencia a una comunidad política... No es idéntica a la comunidad lingüística, pues ésta no es siempre en modo alguno suficiente... Por otro lado, tal comunidad no parece absolutamente necesaria».

Weber opina que quien utiliza tal concepto le da el significado de la posesión por ciertos grupos humanos de un sentimiento específico de solidaridad frente a otros grupos.

La palabra *nación* viene del latín *nascí*: nacer, y originariamente significaba la procedencia común. Será a partir de la Revolución francesa, 1789, cuando el concepto se impone como pueblo soberano unido por la voluntad y el pensamiento. Se entenderá por nación aquella comunidad integrada por varios elementos como la raza, religión, lengua, cultura, etc., que partiendo de un mismo pasado histórico se realiza políticamente y tiene como objetivo continuar en el futuro.

No es fácil hacer una clara distinción entre nacionalista y nación. Para Solé Tura nación y nacionalismos son palabras equivalentes y designan una misma realidad. Por lo que no ve ninguna contraposición entre ellas. No obstante, opina «que afectos de la exposición es útil hacer una cierta distinción terminológica por dos razones; la primera, porque ambos términos aluden a una realidad que está siempre en íntima relación con el poder político. Desde este punto de vista, no es lo mismo el poder político del Estado que el de una comunidad autónoma. Al hablar de nación nos referimos al tipo de formación social que tiene por ámbito un Estado y al hablar de nacionalismos reseñaremos a la que tiene por ámbito otro tipo de poder político como una comunidad autónoma. La segunda razón, es que ésta, es la distinción política que el artículo 2 de la Constitución española de 1978 realiza. Esta distinción no es meramente formal, en la medida que el poder político es un componente esencial de toda realidad nacional. Pero la distinción sólo se convierte en un problema político fundamental si lo que pretende es que a toda realidad nacional debe corresponder su propio poder político independiente, es decir, que cada realidad nacional debe tener su propio Estado».

### 1.1. NACION Y NACIONALISMOS

En España las nacionalidades han surgido por medio de un debate político, en el que se cuestionaba la aceptación, reforma o rechazo del Estado centralista. En el período dictatorial se instauró el nacionalismo español tradicional, en su forma más reaccionaria y centralista. Significó la igualación y unificación cultural y social.



En su libro *Nacionalidades y Nacionalismos*, Solé Tura hace una clara diferenciación entre los términos que anteriormente decíamos que se prestan a confusión. Así, por ejemplo, el adjetivo *nacionalista* sólo es coherente cuando el partido o grupo que lo usa propugna la independencia como objetivo político. *Nacionalismo* parece definir por sí mismo una actitud y programa; los que integran el ámbito *no nacionalista*.

Si volvemos la mirada al pasado, comprobamos como en el Antiguo Régimen, la nación carece de importancia y predomina el Estado, como única realidad política y social. Con la Revolución francesa aparece el nacionalismo, favoreciendo la libertad de los pueblos y aboliendo el régimen absolutista; el pueblo toma conciencia de su existencia diferenciadora, del resto de los otros pueblos, y es esta toma de conciencia, la condición *sine qua non* para dar el paso de pueblo a nación.

«El Estado-Nación —como representación política que implica que una población, base de una sociedad sobre un mismo territorio, se reconozca como dependiente esencialmente de un poder soberano que emana de ella y le da expresión— aparece sin duda con la Restauración inglesa en 1690, se afirma totalmente con la Revolución americana de 1776 y con la Revolución francesa de 1790».

Otto Habsburgo se plantea a finales de la década de 1960 la política para el año 2000 y llega a la siguiente conclusión: «La Historia permite comprobar que sólo se dan comunidades y sociedades superiores cuando encarnan una idea que establece en virtud de su misma naturaleza una vinculación con lo transcendente».

Todos los grandes movimientos de la Historia se han desencadenado y desarrollado por la promoción de una idea, como ocurrió con la Revolución francesa o el islam. Después del auge del nacionalismo la tendencia general fue la de centralizar y homogeneizar. Se invocaba a la mayor capacidad de trabajo y a la rapidez en la toma de decisiones; por el contrario, aumenta la curva de probabilidad de errores, ya que son muchos los problemas que se solucionan mejor en el ámbito local que a través de un distanciado ministerio.

En España, particularmente después del período dictatorial, se ha potenciado la idea de nacionalismos y regionalismo y, cada vez más, las distintas Comunidades Autónomas están elevando su techo de competencias y de esta manera no tienen que depender tanto del Gobierno central a la hora de tomar sus decisiones.

## 1.2. TEORÍAS NACIONALISTAS Y CONCEPTO DE NACIÓN

Durante años el estudio del nacionalismo fue en gran parte un coto privado de los historiadores, quedando los sociólogos con cierta desventaja.

Smith diferencia tres períodos de investigación: hasta 1914 se llevó a cabo muy poco trabajo sistemático, siendo el interés mayormente ético y filosófico. En esta época destaca la escuela marxista: aunque Marx y Engels no formularon una teoría del nacionalismo, la importancia creciente del movimiento en Europa oriental indujo a sus sucesores al estudio del fenómeno. Es a partir de la Primera Guerra Mundial cuando los enfoques nacionalistas se tornan hacia factores sociológicos. Por último, después



de la Segunda Guerra Mundial los politólogos americanos se interesan en problemas globales y en los efectos del nacionalismo.

Para Smith el interés interdisciplinario en el nacionalismo indica la posición clave del campo y del fenómeno, que es inseparable de los problemas del desarrollo de las naciones y significa que es central a toda consideración de la modernización.

«El nacionalismo asimismo se sitúa, por decirlo así, en la encrucijada de diversas áreas de investigación... sistemas de comunicación, la evolución de las ideas políticas, estudio de los movimientos sociales...».

Existen muchas corrientes y teorías que se han dedicado al estudio de la nación y a su definición. Destacan la teoría positiva y la idealista. La primera identifica la nación con un hecho concreto, que puede ser la raza, el idioma o el marco geográfico. La corriente idealista defiende que la esencia nacional reside en la voluntad colectiva. Según Busquets: «Ambas teorías son parcialmente ciertas. Una nación debe reunir dos condiciones; un hecho positivo, sea el tipo que sea, que permita a sus miembros diferenciarse de alguna forma de sus semejantes y una toma de conciencia que los miembros de una nación deben realizar sobre él mismo, pues si esta “conciencia” no se da, la colectividad diferenciadora no debe ser calificada como nación, sino como pueblo».

No podemos dar un único concepto válido de nación para todos los pueblos, porque una nación es un producto histórico, es una realidad móvil y cambiante, que altera sus estructuras económicas, sociales, culturales y políticas con el paso del tiempo. No todos los pueblos han formado su conciencia cultural y regional dando la misma importancia a los valores que la caracterizan. No obstante, sabemos que los hechos sociológicos más importantes son el idioma y la religión. En el caso del archipiélago canario, serán su insularidad y su lejanía los factores que condicionen y den forma a su idiosincrasia, particular y diferenciadora. Muchos autores identifican la cultura con el idioma. «Pero una cultura es una realidad mucho más amplia que una lengua».

La religión ha jugado un importantísimo papel en todos los pueblos; hoy por hoy, en las sociedades modernas, la importancia de la religión ha disminuido con un considerable incremento de indiferentismo, agnosticismo y ateísmo. Aunque también se da el caso contrario, de fanatismos y fundamentalismos.

Nos centramos, entonces, en otros hechos, como un pasado histórico común, en la etnia, en la actividad económica o en la tradición cultural. Pero no podemos olvidar que un pueblo sólo se convierte en nación cuando se da cuenta conscientemente de su propio valor político-cultural y afirma su existencia con una totalidad concreta y específica, diferente de los otros pueblos. Lo que realmente constituye la realidad nacional es un fondo común de creencias, de ideas, de sentimientos, de tradiciones, de recuerdos y de aspiraciones que enlaza las generaciones unas con otras y que sirve de alma colectiva de un pueblo.

Para J. Freund la distribución de los seres humanos en las distintas unidades políticas es la respuesta a ciertas necesidades del hombre como pueden ser la de distinguirse y situarse.

«La sociedad política es siempre una sociedad cerrada y ello por varios motivos; en primer lugar tiene fronteras, es decir, ejerce una jurisdicción exclusiva sobre un



territorio delimitado... La segunda razón es el alma de las particularidades... El éxito del nacionalismo se explica en gran parte por el hecho de halagar el particularismo. De modo que en cuanto una colectividad toma consciencia de ello, se va encaminando irresistiblemente hacia la constitución de una sociedad política autónoma... Finalmente la sociedad política es cerrada en virtud del ejercicio político mismo».

## 2. LA COMUNIDAD POLÍTICA EN CUANTO ORGANIZACIÓN: SOBRE LA REALIDAD REGIONAL

La nación está compuesta por regiones, pequeñas naciones incipientes, que, sorprendidas por una necesidad imperiosa, que no pueden satisfacer por las condiciones de su constitución o porque no reúnen alguna de las circunstancias necesarias para ello, se unen a otra pequeña nación, cediendo una parte de la vida colectiva, pero sin perder por ello los rasgos definitorios de su personalidad.

La persona se apoya sobre la tierra y al instalarse y permanecer, no sólo crea elementos materiales o intelectuales, sino fomenta relaciones de vecindad, que acaban cimentando órganos convivenciales. Los vecinos son los próximos y los prójimos. «La vecindad es el tipo territorial de toda experiencia comunitaria. Configura los primeros núcleos de la convivencia interfamiliar y se asocia al incremento natural de la sociedad humana... Las relaciones de comunidad sumen al hombre en el grupo. Recluirse en el aislamiento podrá ser una aspiración; nunca una realidad plena, porque no es posible vivir para sí sólo cuando es necesario afirmarse entre los demás».

La región nace sobre la vida vecinal pero, por encima de ella, se formalizan esquemas superiores, gracias a los vínculos surgidos por las instituciones urbanas y a las relaciones humanas. La sedentariedad no es un carácter imprescindible del Estado, pero la total ausencia del espacio territorial sí que supone un impedimento para que un Estado se forme y se realice como tal. La variable espacio físico y natural dejará sentir su influencia política en tres cuestiones fundamentales para el sentimiento y conciencia nacional: en la delimitación de las sociedades, en la ordenación interior de esas sociedades y en la situación de ellas entre sí y en los contactos resultantes.

La región es una entidad jurídica, pública y territorial, dotada de autonomía legislativa. España está asistiendo a una revalorización regional, conociendo y fomentando lo peculiar de sus regiones. Canarias, al estar perfectamente delimitada geográficamente, es una de las regiones españolas en las que más nítidamente se pueden observar las pautas del regionalismo.

### 2.1. REGIONALISMO

La doctrina política que defiende la concesión de cierta autonomía a los grandes pueblos de un Estado y se propone realizar un mejoramiento de las condiciones económicas, sociales y culturales es el regionalismo. La región es un hecho multidimensional condicionado por factores; climáticos, región de secano o de regadío, fisiográficos, relieve montañoso, costero o meseta, ecológicos, culturales, folklóricos,



artísticos, símbolos, banderas, fiestas populares, demográficos, emigración, tasas de natalidad, nupcialidad o mortalidad.

Así, como los hombres nos diferenciamos los unos de los otros, al unirnos y convivir compartimos «un alma colectiva», una conciencia de comunidad: «Que implica sentir un dentro y un fuera, un nosotros y un ellos, una pertenencia posesiva; nosotros pertenecemos al grupo y el grupo nos pertenece; sentimos una desconfianza hacia los grupos vecinos».

La conciencia regional es un fenómeno psicosocial, que se refiere a los sentimientos que entrelazan a unas personas con otras en grupos solidarios. Cuando se expande en la sociedad y obtiene cierto nivel de intensidad suele acabar en la acción política organizada.

Para el etnólogo y antropólogo, J. Caro Baroja las variables sociológicas de la identidad de los pueblos de España serán la existencia de un territorio propio, con fronteras y límites muy definidos; características geográficas; una población con carácter sociocultural específico; una historia exclusiva, claramente diferenciada; una economía en base a los recursos propios; unas instituciones jurídicas y unos usos, leyes y costumbres con mayor o menor vigencia.

El análisis que hacemos parte de conceptos abstractos para trasladarlos a una realidad tangible, así como el paso de una visión general, como la española, a otra particular, como la canaria, no tiene otra finalidad que, a través de la descripción de sus grandes peculiaridades y la toma de conciencia de sus diferencias, podamos, eliminando el desconocimiento, aumentar la integración en una única realidad nacional. No se trata de potenciar el, ya de por sí, distanciamiento entre las Islas Canarias y la Península, ni de reivindicar teorías separatistas, ni mucho menos independentistas, sino de fomentar la unidad nacional, por medio del conocimiento de las singularidades de cada región.

La diversidad de los pueblos españoles es el elemento sustentador de la propia España o nación. Las idiosincrasias que están vigentes en una región no se pierden ni por la unidad nacional ni por el paso del tiempo.

El gran filósofo español José Ortega y Gasset se cuestiona: «Cuando Castilla reduce a unidad española a Aragón Cataluña y Vasconia, pierden estos pueblos su carácter de pueblos distintos entre sí y del todo que forman. Nada de esto: sometimiento, unificación, incorporación no significan muerte de los grupos como tales grupos; la fuerza de independencia que hay en ellos perdura, bien que sometida; esto es, contenido su poder centrífugo por la energía central que los obliga a vivir como partes de un todo y no como todos aparte. Baste con que la fuerza central escultora de la nación —Roma en el Imperio, Castilla en España, la Isla de Francia en Francia—, amengüe para que se vea automáticamente reaparecer la energía secesionista de los grupos adheridos».

Es inconcebible que posturas extremistas, en la potenciación de las partes diferenciadoras de un pueblo, cuestionen el equilibrio de la unidad nacional, además de fomentar en pueblos vecinos el mismo sentimiento.

Haciendo una comparación metafórica, pensemos que si una rosa es bella, un ramo lo será aún más. Es decir, si un pueblo, con sus peculiaridades específicas, avanza, se desarrolla y se engrandece, la suma de muchos pueblos multiplicará esas



mismas consecuencias y dará lugar a una realidad superior, más fuerte y poderosa con la unidad de todos en un solo bloque.

Ortega dedica uno de los epígrafes de su libro *España Invertebrada* a un interrogante fundamental en el devenir de los pueblos: «¿Por qué hay separatismo?». La respuesta viene a ser tan simple como directa: «Unos cuantos hombres movidos por condiciones económicas, por soberbias personales, por envidias más o menos privadas, van ejecutando deliberadamente esta faena de despedazamiento nacional, que sin ellos y su caprichosa labor no existiría».

Para este pensador, la forma de combatir los movimientos divisionistas será persiguiendo sus ideas, organizaciones y promotores, ya que están destruyendo lo que hace siglos era una masa homogénea. Están eliminando con sus actuaciones cualquier proyecto de futuro que pueda tener la unidad nacional española o supranacional europea.

La historia, en la que muchas veces nos perdemos en pequeñas batallas o anécdotas, nos puede dar una respuesta y explicación a los actuales fenómenos de fragmentación que tanto Europa como España están padeciendo con el resurgimiento de los nacionalismos más extremistas. Ortega nos explica que el esfuerzo reside en una observación a cámara rápida de los últimos siglos de historia occidental y en resumir quinientos años de actividad política, económica y social en unos pocos párrafos.

Los Reyes Católicos contraen matrimonio para anexionar sus territorios, formar una España sólida y salir a la conquista de nuevos mundos ultramarinos y tradicionales países europeos que añadir, a lo que se convertiría en un todo un Imperio y de esta manera, fortalecer la unidad nacional. Comienza la etapa expansionista y España se convierte en una poderosa y rica nación. Piensa Ortega que la fuerza promotora que impulsó la creación del imperio español procedía del exterior ya que según él las grandes naciones no se han hecho desde dentro, sino desde fuera.

En la realidad de España conforme van transcurriendo las centurias va desapareciendo la fuerza que potenció la unidad española y a los propios españoles como tales, el Imperio se desmorona, se deshace y comienza la marcha atrás. «... estos separatismos de ahora no hacen sino continuar el progresivo desprendimiento territorial sufrido por España durante tres siglos».

España queda limitada entre Portugal y los Pirineos y conforme comenzó su deterioro más allá de las costas peninsulares, siguió con su propia fragmentación. «Hasta su cima, la historia de España es ascendente y acumulativa; desde ella hacia nosotros, la historia de España es decadente y dispersiva. El proceso de desintegración avanza en riguroso orden de la periferia al centro... En 1900, el cuerpo español ha vuelto a su nativa desnudez peninsular. ¿Termina con esto la desintegración?».

¿Irà la España actual encaminada a la España de los grandes reinos del siglo xv? ¿Se repetirá la historia en sentido descendente, es decir, en sentido contrario? ¿Es lo que pretende Cataluña o el País Vasco?

Somos testigos de un proyecto que está encaminado a dividir al mundo en grandes bloques; el americano, africano, europeo, hispanoamericano, asiático, oriental. Europa lleva, desde que finalizó la II Guerra Mundial, afirmándose como nación, construyéndose, con la correspondiente pérdida, cada vez más, de particularismos, en beneficio de la unidad, de la semejanza dentro de la diversidad que



supone el proyecto de la Unión Europea. Esto no significa que las pequeñas naciones integradoras vayan a perder sus signos de identidad, sino todo lo contrario, la riqueza y pluralidad que supone la unión será aprovechada al máximo, en beneficio de su propio enriquecimiento económico, político y social.

Europa observada desde el exterior ofrece una fisionomía homogénea, los americanos, por ejemplo, nos ven como una gran nación, como un todo que está compuesto de varios países con características similares y hasta comunes. España no ha de pretender ser parte diferencial de la misma y mucho menos las regiones que a su vez la forman. Catalanes, gallegos, vascos o canarios han de pensar que pertenecen a una unidad nacional que al mismo tiempo se integra en otra realidad supranacional. Significa esto que las regiones, lejos de perder su personalidad en la anexión, pueden potenciarla en beneficio de la propia mecánica de la unidad.

Además, si nos empeñamos en el proceso de las divisiones, ¿cuál sería el límite, la unidad mínima de especificación? La escala a seguir, desde el grado superior o con más cuantificación, sería la potencia, Europa; país, España; comunidad autónoma; provincia; ciudad/isla; pueblo; barrio; familia... Siempre encontraríamos algún rasgo identificador por el cual se destacaría respecto de los demás, y encontraríamos una explicación para la separación.

Con Ortega asistimos a un fenómeno que él llama particularismo: «Las partes del todo comienzan a vivir como todas aparte». «Es aquel estado de espíritu en que creemos no tener por qué contar con los demás. Unas veces por excesiva estimación de nosotros mismos, otras por excesivo menosprecio del prójimo, perdemos la noción de nuestros propios límites y comenzamos a sentirnos como todos independientes».

Se inicia un proceso de desmembramiento nacional a partir de 1900 con los nacionalismos, separatismo y regionalismos. Surge la insolidaridad entre los pueblos vecinos; a las regiones no les importan las necesidades o los problemas de la comunidad circundante, o si la pueden ayudar o no; al mismo tiempo se desarrolla una profunda sensibilidad por sus propias singularidades. El egoísmo se adueña de los pueblos. Tanto las instituciones como las personas parecen tener poder para desunir, deshacer, ampliar las rivalidades, pero nadie hace el más mínimo esfuerzo para limar discrepancias o asperezas, potenciar el acercamiento o fomentar la comprensión y el respeto. Por el contrario, cada región se hermetiza en sus límites, se atrinchera en sus fronteras, se olvida de los demás y potencia y aprovecha sus peculiaridades de espalda a sus vecinos. Los pueblos están convencidos de su autorrealización como tal y de que no necesitan a nadie para satisfacer sus necesidades ni autodesarrollarse.

«No es necesario ni importante que las partes de un todo social coincidan en sus deseos y sus ideas; lo necesario e importante es que conozca cada una, y en cierto modo viva, los de las otras».

Cada nación o región deberá tener el convencimiento de que ella es un todo pero a su vez forma parte de un todo que la supera, el todo está compuesto por su parte.

El objetivo alcanzable no es crear una igualdad de naciones, pueblos o personas. No se trata de que las regiones europeas o españolas sean una, copia cientos de veces repetidas, sino que aprovechen sus propias marcas de identidad, sus dife-



rencias para crecer, potenciarse y desarrollarse como una comunidad y como nación perteneciente a un todo superior: Europa.

El ilustre Ortega y Gasset nos explica, en su pequeño pero condensado libro *España Invertebrada*: «Una nación es, a la postre, una ingente comunidad de individuos y grupos que cuentan los unos con los otros».

Pero que está abocada al fracaso porque sus aspiraciones se debilitan, expiran los buenos sentimientos, se agotan los proyectos a emprender y no cuenta la comunidad con una minoría apta y selecta capaz de llevar las riendas de la masa.

«Tal vez no haya cosa que cualifique más certeramente a un pueblo y a cada época de su historia como el estado de las relaciones entre la masa y la minoría directora».

Así que si una nación no está dispuesta a obedecer y seguir a sus dirigentes ni a corregir oportunamente sus defectos fracasará. No existirá una sociedad sin una minoría que influya sobre la masa social.

La ciudad la hacen los individuos y es el resultado de largos años y siglos de trabajo y esfuerzo por llegar a construirse de un modo eficaz, mientras la nación es un producto y resultado de la historia que ha de complementarse con otras naciones. «La nación aislada no tiene porvenir». De igual forma le sucederá a la región o a la comunidad si se empeña en su aislamiento.

Ortega entiende que la nación «... está ahí antes e independientemente de nosotros, sus individuos. Es algo en que nacemos, no es algo que fundamos... Nación no es nosotros, sino que nosotros somos nación. No la hacemos, ella nos hace, nos constituye, nos da nuestra radical sustancia».

El proyecto de nación significa principalmente ser un programa de vida hacia el futuro, una empresa a construir. En otra de las obras de Ortega y Gasset, *Europa y la Idea de Nación*, asegura: «La unidad de Europa no es una fantasía sino que es la realidad misma y la fantasía es precisamente lo otro: la creencia de que Francia, Alemania, Italia, o España son realidades sustantivas, por tanto completas e independientes».

Esta misma afirmación la podemos trasladar al caso de España o cualquier país que se encuentre fragmentado, todos, en mayor o menor medida, y sería igual de válida: «La unidad de España no es una fantasía sino que es la realidad misma y la fantasía es precisamente lo otro: la creencia de que Cataluña, Galicia, Canarias, o País Vasco son realidades sustantivas, por tanto completas e independientes».

Otra de las grandes ideas de José Ortega que se presta a la dualidad Europa/España es la referida a la pluralidad de las naciones/regiones: «El equilibrio o balanza de poderes es una realidad que consiste esencialmente en la existencia de una pluralidad. Si esta pluralidad se pierde, aquella unidad dinámica se desvanecería. Europa es en efecto, enjambre: muchas abejas y un sólo vuelo».

A la hora de hablar de la actual Europa vemos como se debate entre dos realidades; una teórica y otra práctica. La primera de ellas ha conseguido que los países lleguen a la conclusión de que para progresar tienen que unir sus fuerzas y formar un solo bloque capaz de solventar y dar salida a todos los obstáculos del devenir histórico, así como brindar un marco de igualdad, en la convivencia, para todos los participantes del proyecto. Después de muchas reuniones, tratados, acuerdos,



firmas, protocolos y anexiones, la Unión Europea es un hecho, aunque básicamente se trata de un anexo económico y político y en menor medida social. Es en este último apartado de lo cultural y lo social donde la Unión menos ha progresado. Los países se niegan a ceder en lo que consideran parte de su propia identidad. Surgen, cada vez con más impulso, nuevos nacionalismos y movimientos con tendencias extremistas, que no están dispuestos, a lo que ellos opinan, formar parte de una masa homogénea e igualitaria. Y resulta que se trata de todo lo contrario, al edificar la Unión Europea cada país ofrecerá a los otros aquellos caracteres que sólo él tiene y de este modo el país receptor se verá engrandecido ya que puede contar con pautas que anteriormente desposeía. Este proceso es sumamente enriquecedor y repercute directamente en el éxito del conjunto europeo.

Respecto a la realidad práctica de la Unión Europea, se nos plantea una cuestión: ¿han conseguido los acuerdos y firmas que un francés, italiano o español se sientan realmente como parte integradora de Europa? Evidentemente siempre hemos sido europeos, pero desde 1986 parece como si, a través de su ingreso en la Comunidad, seamos oficialmente europeos. Es en estos últimos años cuando más se ha insistido en esos sentimientos de pertenencia; mientras tanto, las Comunidades Autónomas luchan con más rigor que nunca, por elevar el techo de sus competencias. Quizás en el único aspecto, desgraciadamente, donde se ha notado que entre los europeos existe cierto lazo de conexión es a la hora de diferenciarse respecto a la oleada de inmigrantes que «llegan» al viejo continente. Entonces sí aparecen dos bloques europeos-no europeos.

Con el transcurso de los años la Unión Europea irá ganando la batalla de los particularismos enfermizos y se convertirá en una gran paleta con muchos colores.

España para Ortega y Gasset es una realidad que vive fragmentada, invertida, en la convivencia misma, lo que supone un grave problema, ya que no es sólo en sus sentimientos políticos donde radica su descomposición.

«Hace muchos años recuerdo haber descrito la sociedad española como una serie de comportamientos estancos. Cada provincia, por ejemplo, vive hacia dentro de sí misma, absorta y abstracta del resto de la nación. Se trata, pues, de una estructura social moribunda, porque hace de España una sociedad de disociados. Este es el mal profundo que late y subsiste cien codos más hondo que todos los conflictos, luchas y desórdenes políticos o religiosos».

La solución pasa por que se abandonen las creencias de que las diferencias entre los pueblos dan derecho a formar un Estado y en optar por maximizar la comunicación entre las regiones. Todas las peculiaridades de una comunidad autónoma no son para incrementar la distancia entre las regiones españolas, sino para tomar conciencia de las mismas y saber aprovecharlas en bien del país en general. Precisamente por tener esas características que no comparte con el resto del territorio nacional, por ejemplo, Canarias; su situación en el Atlántico, última frontera europea, su cercanía a África, particularmente a Marruecos, futuro mercado de expansión, su clima, oferta turística durante todo el año, sus cultivos particulares, etc. Ha de estar al servicio de todas las comunidades españolas y el resto de las comunidades deberán hacer lo mismo.



Se ha de abandonar el criterio de sacar el máximo partido por esos valores de identidad, en beneficio exclusivo de la propia Comunidad.

«Hoy empezamos a ver que la diferencia entre las almas regionales es una magnífica riqueza para el dinamismo del Estado, riqueza que es preciso aprovechar políticamente».

El planteamiento que las comunidades españolas hasta la fecha han seguido es erróneo. No se trata de obtener cada vez más independencia del Gobierno central, ni ampliar las competencias administrativas para distanciarse y aislarse. El objetivo es impulsar un nuevo regionalismo, que como el anterior potencia las idiosincrasias de cada región pero en consecuencia y repercusión para el resto de las Comunidades Autónomas.

«Dada la diferencia étnica evidente —por ejemplo, Galicia, Vasconia, Cataluña—, no debe preguntarse qué derechos políticos le corresponden, sino al revés, cómo puede aprovecharse en beneficio del Estado esa diferencia precisamente por ser diferencia».

Para Ortega este nuevo regionalismo completará la idea de Estado y en vez de aniquilarlo y destruirlo lentamente, como el anterior, lo que hará será multiplicar sus facetas, engrandecerse y superarse, para lo que se requiere un ingente esfuerzo por parte de todos.

El 6 de enero de 1994, con motivo de la Pascua Militar, el Rey Juan Carlos de Borbón hizo un llamamiento a la unidad nacional. Dijo en su discurso ante las máximas autoridades civiles y militares del país: «La diversidad que enriquece a España debe unirnos en lugar de separarnos y servir de estímulo a nuestra convivencia. Estamos construyendo día a día una España mejor que nos obliga a superar las tradicionales desuniones que en ocasiones, han malogrado etapas de nuestra historia».

El discurso estuvo marcado por el europeísmo ya que, conforme señaló el rey, España está cada vez más integrada en la comunidad internacional. Destacó que hemos dejado para siempre nuestro aislamiento y subrayó que reforzar la unidad europea exige no sólo la unidad económica y monetaria, sino también afecta a la política Exterior y de Seguridad.

«Reforzar la unidad europea exige no sólo la unidad económica y monetaria, sino que afecta también a la política exterior y de seguridad».

El mensaje del Rey viene a coincidir y respaldar una de las hipótesis que a lo largo de este trabajo de investigación queremos demostrar y dejar patente: la diversidad nos enriquece. España sólo se fortalecerá con la unidad y la puesta en común de todas las energías que cada Comunidad Autónoma posee.

En su primer discurso como rey, Felipe VI, en la Nochebuena de 2014 al igual que lo hiciera su padre volvió a recalcar que la fuerza de España viene de la suma de las diferencias e invitó a todos los españoles a seguir construyendo un proyecto que respete la pluralidad.

Las Islas Canarias tienen muchos valores que ofrecer al resto de España. Por muy diferentes y atípicas que puedan parecer las variables canarias, por más que le sobren razones diferenciadoras y por muy peculiar que nos resulte su comportamiento político, social y cultural, la Comunidad Autónoma de Canarias no puede entenderse fuera del contexto español, conforme que tampoco las otras comunidades se escapan



de formar un todo integrado. Las regiones, ni la canaria ni ninguna otra peninsular, pueden vivir encerradas en sí misma, de forma hermética, por muy ricas que sean o por muy desarrolladas que estén. Para que las Comunidades puedan crecer, desarrollarse y madurar han de compartir y poner a disposición de toda la nación sus características, si no morirá siendo presa de su propia ambición.

Recibido: 14-4-2016.

Aceptado: 19-9-2016.

## BIBLIOGRAFÍA

- WEBER, M. (1922) *Economía y Sociedad*. México: Fondo Cultural Económico.
- SOLÉ TURA, J. (1985). *Nacionalidades y Nacionalismos en España. Autonomías. Federalismos. Autodeterminación*, Madrid: Alianza.
- CHATELET, F. (1992) *Historia del Pensamiento Político*. Madrid: Tecnos.
- HABSBURGO, O. (1969) *Una política para el año 2000*. Madrid: Iberoamericanas.
- SMITH, A. (1987) *Las Teorías del Nacionalismo*. Barcelona: Península.
- HERTZ, F. (1945) *Nacionalidades en la Historia y en la Política*. Londres.
- FREUND, F. (1968) *La Esencia de lo Político*. Madrid: Editora Nacional.
- RUIZ DEL CASTILLO, C. (1964) *Significado y Crisis de la Vecindad*. Madrid, Revista de Estudios de la Vida Social n.º 138, Edita el Instituto de Estudios de la Administración Local, pp. 3-4.
- VILAR, P. (1978) *Sobre los Fundamentos de las Estructuras Nacionales*. Revista Historia 16, *Autonomías, un siglo de luchas*, abril, 1978, p. 7.
- CARO BAROJA, J. (1975) *Los Pueblos de España*. Madrid: Istmo.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1981) *España Invertebrada*. Madrid: Alianza.
- (1985) *Europa y la Idea de Nación*. Madrid: Alianza.
- El País*, 7 de enero de 1994, p. 17.

